le amaban. Entre otras razones, que en este tiempo decía, era una, que estaba muy dudoso y perplejo, en que por una parte deseaba padecer mucho, viendo que Cristo había venido al mundo á padecer por él, y así no sería razón desear morirse luego sin padecer mucho por tal Señor; «y así, Señor, dure, decía, dure este tormento, que así lo decía el santo Padre Isla» (era éste uno de los santos é insignes varones que el Padre conoció y tenía apuntado en su cartapacio para encomendarse á él); por otra parte, decía que se quería morir luego, por no dar cuidado ni malas noches á sus hermanos; pero en todo con muy gran resignación en la divina voluntad. Lo uno y lo otro le cumplió Dios Nuestro Señor, porque no estuvo desahuciado y en la cama más que solos dos días, y los dolores y trabajos fueron tan eficaces para el trabajo de la respiración, que afirmaron los médicos era la muerte más penosa y dolorosa que naturalmente podía haber. Añadió el catedrático de prima de medicina (que como á Padre y tan querido todos le acudieron), que tenía por cierto que aquella alma la detenía con tan gran tormento Dios Nuestro Señor para darle el purgatorio en aquella cama y de allí llevarlo al cielo. Y fué cosa de maravilla, que con tener siempre, hasta una hora antes de morir, tan vivos sus sentidos y habla, aunque penosa, no se le oyese palabra de sentimiento ni queja alguna, antes preguntándole el Padre Rector si sentía muy gran dolor, respondió: «no, Padre, no es muy grande, mayor quisiera yo que fuese.» Los ratos que le dejaban las visitas, levantaba las manos y ojos al cielo, y hacía tiernísimos coloquios con Dios Nuestro Señor, ya con actos vehementes de contrición, ya pidiendo afectuosísimamente perdón de las faltas y yerros pasados, ya de amor, ya de esperanza y confianza en la divina bondad y misericordia. Pocas horas antes de su muerte se consolaba diciendo que esperaba verse con nuestros Padres San Ignacio, San Francisco Javier, el Santo Boria. Gonzaga y Estanislao, sus devotos. Aunque en todo esto con muchísimo trabajo, porque iba muy apriesa cerrándosele el pecho, y de esta manera perdió el habla una hora antes de morir. Acudió todo el Colegio y el Padre Provincial, que á sólo hallarse presente á esta hora había ido de la Casa Profesa al Colegio; dijéronle la recomendación del alma, y á las últimas palabras dió la última boqueada y con ella el alma al que para tanta gloria suya, tanta honra de la Compañía y tanto provecho de esta Nueva España, le había criado, á 11 de Mayo á las seis de la tarde, año de 1626, siendo de edad de 80 años, de los cuales 62 vivió en la Compañía, y 50 de ellos en esta Provincia y cin-

Luego que oyeron doblar en nuestro Colegio, comenzaron á doblar no sólo en la Casa Profesa, sino también en algunos conventos de re-

ligiosos y religiosas de esta ciudad.

Púsose el cuerpo revestido de los ornamentos sacerdotales (como se usa en la Compañía), en las andas y en una sala interior de casa. Comenzó á venir gente de fuera á ver y venerar aquel santo cuerpo, y entre ellos vino el Dr. D. Alonso Muñoz, Dean de esta santa Iglesia de México, Doctor en sagrada Teología y catedrático de ella en la de prima, persona de las primeras en este Reino, y que renunció la elección que de su persona se había hecho en el Consejo Real de las Indias para Obispo de la santa Iglesia de Chiapas, y que á ser conocidas sus letras y ejemplos en España, pudiera ocupar y honrar mayores y

más dignos puestos. Fué de los más antiguos, más queridos y más fieles y reconocidos discípulos que el venerable P. Pedro de Hortigoza tuvo, y así le visitó en su enfermedad y á la hora de su muerte vino, é hincando las rodillas en tierra, sin poder hablar más palabra que decir: dónde se nos ha ido, señor Doctor, le besó la mano y hecho un río de lágrimas, se partió de allí porque el sentimiento no le daba lugar á detenerse. Envió de la Catedral seis blandones de plata con seis cirios que ardiesen donde se pusiese el cuerpo del difunto; otros muchos acudieron á ver y venerar aquel santo cuerpo, de persona tan conocida y nombrada, y tan pocas veces vista por su raro recogimiento y humildad.

El día siguiente, estando ya todos los Padres y hermanos del Colegio, y los de la Casa Profesa juntos con el Padre Provincial, tratando de hacer el oficio y entierro, vino el dicho Sr. Dean con todo su ilustre Cabildo, clérigos y capilla, diciendo que á él le competía hacer aquel oficio, como de hecho lo celebró. Acudieron las sagradas religiones, toda la Universidad y los caballeros, y lo más granado del pueblo con que se hizo uno de los más graves entierros que en esta ciudad se habían visto. El día siguiente quiso el cura y clérigos de la parroquia de Santa Catarina Mártir de esta misma ciudad, hacer las honras á su santo Padre y maestro, las que celebraron con un alto túmulo, mucha cera y acompañamiento de clérigos y multitud del pueblo. Álgunos meses después, entrando á ser Rector de esta Universidad el Dr. Diego de Barrientos Rivera, letrado y ciudadano muy principal de México, por el amor y veneración que al venerable P. Pedro de Hortigoza había tenido en vida, y para mostrar la estimación que de tal varón hacía, quiso y ordenó que la Universidad en forma de tal le hiciese sus honras; las cuales celebraron con mucha pompa y solemnidad, orando la tarde antes, después de las visperas, una oración fúnebre un sacerdote cursante, renovando en ella la memoria de las virtudes de varón tan insigne, y el día siguiente predicó el P. Maestro Fray Gabriel de Rivera, religioso grave de la orden del glorioso Padre San Agustín, que celebró y encareció mucho las alabanzas de nuestro venerable Padre, y con estas y otras demostraciones que en esta ciudad se hicieron a la muerte y honras del P. Dr. Pedro de Hortigoza, mostró el Cabildo eclesiástico, la Universidad, las religiones y toda la república, el agradecimiento y reconocimiento que á tal Padre y maestro universal juzgaron le era debido. Murió este esclarecido varón año de 1620 y 11 de Mayo, habiendo entrado en los 81 de su edad. Era pequeño de cuerpo aunque de venerable aspecto.

CAPITULO XII.

VIDA Y VIRTUDES DEL MUY RELIGIOSO P. DIEGO DE SANTIESTEBAN, LECTOR DE TEOLOGÍA MUCHOS AÑOS EN EL COLEGIO DE MÉXICO.

A la vida, muerte y religiosísimas virtudes de tan grande maestro como el P. Pedro de Hortigoza, de quien habemos tratado, pareció juntar las ejemplares virtudes, vida y muerte del maestro que le sucedió en la cátedra de prima de Teología en nuestro Colegio de México. Y es cierto de notar, que entre otros beneficios que dejamos escrito, haber hecho la Divina Bondad á este grande Colegio, uno no muy señalado ha sido el haberle dado maestros juntamente insignes en virtud y letras, como lo fueron, el primero, el P. Pedro de Hortigoza, de quien acabamos de escribir, y el segundo, P. Diego de Santiesteban, de quien ahora escribimos; y después de ellos el P. Juan de Ledesma de cuyas grandes letras, ejemplarísima vida y celo en ayudar las almas de los pobres Indios, escribimos largamente en nuestra Historia de los triunfos de la Fe. Lector también de Teologia y de esclarecida virtud, fué en este mismo Colegio el P. Antonio Arias, de quien adelante hablaremos; y después de estos siguieron los Padres Agustín Cano y Alonso Guerrero, los cuales todos leyeron Teología en el Colegio de México, y todos fueron varones insignes en religión y letras; dejando otros que por no alargar demasiado esta Historia, se pasan en silencio.

Volviendo pues, al P. Diego de Santiesteban, nació de padres honrados en la Villa de Palma, Obispado de Córdoba y Provincia de Andalucía, llamóle Nuestro Señor á la Compañía siendo de edad de 17 años, y correspondiendo á la divina vocación, fué admitido á la Religión en la misma Provincia, donde habiendo pasado el noviciado y seminario, y estudiando el segundo año de artes, tuvo nueva vocación de pasar á las Indias. Cumpliéronle los superiores sus santos deseos y fué señalado para venir á esta Provincia de Nueva España, adonde llegó el año de 1584. Entró en este Colegio de México, donde acabó el curso de sus artes, teniendo por maestro en la metafísica al venerable P. Gonzalo de Tapia, que con glorioso martirio fué el primero que en esta Nueva España derramó su sangre y dió la vida á manos de los Indios de Sinaloa por la predicación del Evangelio. Prosiguió el hermano Diego de Santiesteban los estudios de la Teología, y acabados con tan buena opinión de letras y ejemplo de virtud, que ordenado luego de sacerdote, le señalaron los superiores para que leyese un curso de artes, acabando éste con tan gran satisfacción, que le mandaron leyese otro. Habiendo, pues, dado fin á esta lectura con grande lucimiento en los aventajados discípulos que sacó, que fueron después de los más doctos maestros que ha tenido el Reino de la Nueva España, le señalaron cátedra supernumeraria de Teología en este mismo Colegio de México. De aquí pasó á la de vísperas, después á la de prima, gastando en estas ocupaciones espacio de 20 años y siempre con grande ejemplo de religiosa observancia. Sus grandes letras y claridad de ingenio se mostraron siempre en las materias que leyó, á que se juntaba la agudeza en sus réplicas y en el magisterio en presidir los actos públicos, acompañado siempre de una singular composición y agrado, sin dar ocasión alguna de sentimiento en tantas ocasiones como las que en disputas y variedad de opiniones se ofrecen, antes con muy religiosa cortesía honraba á todos los demás maestros, con que de todos igualmente era amado y respetado. Sus réplicas fueron tan estimadas, que sucediendo concurrir á replicar en un acto el Ilustrísimo Sr. D. Fr. Juan Bohorquez Cataño, Religioso de la Sagrada Orden de Predicadores, Obispo de Oaxaca, y el P. Diego de Santiesteban, que aguardaba (como debía) á que replicase el señor Obispo, y seguirle después, su Ilustrísima no quiso ser el primero en

su réplica, obligando con instancia á que fuese la primera la del P. Diego de Santiesteban, y diciendo: replique vuestra Paternidad que es mi maestro, y luego replicaré yo; con que hubo de obedecer el Padre, y después de él replicó Su Señoría, honrando tanto como esto la doctrina de su maestro.

Acompañó las letras con superiores virtudes y religiosos ejemplos con que siempre edificaba á sus discípulos. La mortificación con que tuvo sujetas las pasiones, fué bien notada de los que le trataron, pues en tantos años como vivió, y en muchas y graves ocupaciones que tuvo, y en negocios diferentes que trató, en que se suelen ofrecer ocasiones de disgustos, diferencias y desabrimientos, no se le notó enojo con persona alguna ni muestra de sentimiento, aunque tal vez le tratasen como á persona que no fuera digna de todo respeto.

Con ser el ejercicio de la lectura de tanto trabajo y continuado por tantos años, en todos ellos guardó el P. Santiesteban una tan señalada abstinencia, que parecía un ayuno continuado; porque todo el tiempo que leyó dijo Misa después de haber leido, que era á las diez y media. Su humildad fué de un verdadero religioso; nunca apeteció la menor honra del mundo, aunque tuvo muchas ocasiones para recibirla, habiendo estado tantos años estimado y al lado de Virreyes, como después diremos. A todos y con todos trataba cada día como si fueran sus iguales ó superiores. Leyendo la cátedra de Teología, con mucho gusto acompañaba la doctrina de los niños, y de su voluntad la iba cantando por las calles con uno de nuestros Hermanos artistas

Aunque tuviese muchas ocupaciones, no dejaba de decir Misa cada día y deciala con notable afecto y devoción, y en los últimos años de su vida en que se le aumentaron los achaques, gastaba en decirla, retirado en una capilla doméstica, una hora. Era singular el afecto y devoción que tenía á la Virgen Nuestra Señora, imitando la pureza de esta soberana Reina, de que teniendo envidia el común enemigo, le armó un lazo por medio de una mujer atrevida, como sucedió al angélico Dr. Santo Tomás, cuyo ánimo y valor imitó el P. Diego de Santiesteban, dando tal respuesta á la que era instrumento del demonio, que la dejó avergonzada y corrida del atrevimiento que había tenido. En la obediencia, fué un vivo dechado de la que en la Compañía se profesa; puntual en la observancia, religioso y exacto observante de todas las reglas, en que daba raro ejemplo á todos, y en especial á nuestros Hermanos estudiantes, que juntamente aprendían de este maestro, letras, virtud y obediencia.

Estas dotes singulares en que resplandeció el P. Diego de Santiesteban, así en lo natural como en lo sobrenatural de la gracia, le hicieron amable, así á los de casa como á los de fuera, seglares y religiosos. Fué muy estimado de los señores Virreyes que lo comunicaron y trataron, y así el Excelentísimo Marqués de Guadalcázar, que lo fué de esta Nueva España, le eligió por su confesor los 10 años que gobernó este Reino, y hallóse tan bien con la doctrina del P. Diego de Santiesteban, que alcanzó licencia de N. P. General, para llevarle consigo á los Reinos del Perú, adonde S. E. pasó por Virrey, después de haberlo sido de la Nueva España. Hizo el Padre su viaje, y asistió en aquel Reino los siete años que el Marqués lo gobernó. De allí pasó á España con el mismo Marqués, que no se hallaba sin la compañía de persona

tan religiosa y prudente, cuanto en tantos años tenía experimentado. Murió el Marqués en España, y el P. Diego de Santiesteban, aunque en nuestro Colegio de San Hermenegildo de Sevilla le quisieron detener, para que gobernara persona de tantas letras y religión, aquellos estudios, pero por el amor que tenía á su Provincia de Nueva España, habida licencia de N. P. General (aunque le aquejaban los años, y más los achaques), se embarcó y volvió á su antiguo y amado Colegio de la ciudad de México. Aquí el Excelentísimo Marqués de Cerralvo, que á la sazón gobernaba este Reino, le eligió por su confesor y para consultarle muchas veces, el cual oficio ejercitó hasta que S. E. se volvió á España; sucediéndole en el virreinado el Excelentísimo Marqués de Cadereyta, que hizo la misma estimación que los demás Virreyes, de la persona del P. Diego de Santiesteban, comunicándole en muchas ocasiones y deseando le visitase más á menudo, para aprovecharse de sus prudentes consejos. Tan conocida y experimentada fué de todos

la prudencia, religión y virtud de este gran sujeto.

Su pobreza religiosa fué á todos notoria; hasta los últimos días de su vida pedía licencia con notable cuidado (con tenerla ya de los superiores) para usar de cualquier cosa que le enviaban, y fué cosa con grande edificación notada en el P. Diego de Santiesteban, que con haber tenido mano con tantos señores Virreyes y con los demás personajes graves de estos Reynos, no admitió cosa alguna que desdijese de un pobre religioso de la Compañía. Fué esto tan notado y advertido en la ocasión que fué á España con el Marqués de Guadalcázar, que el Ilustrísimo Obispo de Córdoba, que comunicó y trató al P. Santiesteban, ponderando su religiosa pobreza, dijo á un religioso: «como éste, que después de tantos años de Indias y habiendo sido confesor de Virreyes, no trae hacienda alguna suya, bien se le puede entregar todo el obispado.» Eucomendóle Su Señoría negocios de importancia. que tuvieron el deseado fin con la prudencia y discreción del Padre. Hallábase en este Colegio de México los últimos años de su vida. desasido de todas las cosas de la tierra, sólo tratando de las del cielo, y siendo de edad de 73 años, le envió Nuestro Señor una enfermedad que con la calentura ardiente que traía le salieron por el rostro algunos granos, que reconocidos por el médico, se temió no fuese cáncer, y para atajarle le acudieron con remedios eficaces y fuertes que el buen Padre sufrió con singular paciencia: la enfermedad se fué agravando, entendióse el peligro, y dado el aviso al enfermo, se dispuso como religioso tan observante, para recibir el Viático y Extremaunción, que recibió con muestras de gran consuelo y devoción. Reconocióse en el P. Diego de Santiesteban, en esta última enfermedad, gran conformidad con la voluntad de Nuestro Señor y con las prendas que su Majestad le daba del premio que le esperaba en el cielo; oía con singular afecto las nuevas de que se llegaba la hora de su muerte. Hablándole uno de los nuestros, en esta ocasión, del estado de su enfermedad, lo que respondió el Padre fué: « es posible que este consuelo da Nuestro Señor á uno de la Compañía á la hora de la muerte?» Y replicándole que su Majestad sería servido de darle algún tiempo más de vida, replicó: «no lo deseo, sino acabar esta peregrinación, y pasar (como lo confio de la divina Bondad) al cielo.» Otro de los nuestros entró, en esta ocasión, á visitar al enfermo, á quien preguntó: «no reposa un poco vuestra Reverencia! Respondió el Padre con entrañable afecto las palabras del Rey David: In pace in idipsum dormiam et requiescam. Con esta paz vivió y con esta paz dió el alma en las manos de su Creador, sábado 28 de Febrero del año de 1637.

Fué muy sentida su muerte así dentro como fuera de casa. El Virrey Marqués de Cadereyta asistió al entierro con la Real Audiencia y Cabildo de la ciudad. Vinieron también, sin ser convidados, los señores del Cabildo eclesiástico, con Capilla. Hizo el oficio del entierro uno de los Canónigos con asistencia de sus Ministros. Asistieron, también, religiosos graves de San Agustín, y los que más en esta ocasión se esmeraron fueron los Padres de Santo Domingo, cuyo Prior, que había sido discípulo del P. Diego de Santiesteban, envió por la mañana á dar el pésame al Padre Provincial, y á la tarde envió al entierro los Padres más graves y maestros de su Religión. Acudió gran número de gente, así estudiantes como seglares. Fué uno de los graves entierros que se vieron en esta ciudad, honrando Dios Nuestro Señor en la tierra, como pensamos lo honraría en el cielo á su siervo el P. Diego de Santiesteban, que en tantos puestos y santas ocupaciones lo había servido tan fielmente.

CAPITULO XIII.

VIDA Y RELIGIOSÍSIMAS VIRTUDES DEL VENERABLE

P. DR. JUAN DE LA PLAZA, VISITADOR QUE FUÉ DE LA PROVINCIA

DE NUEVA ESPAÑA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Con mucha razón juntamos á las vidas de los varones esclarecidos pasados, la de otro que no fué menos insigne en prudencia, virtud y santidad, y si los primeros ilustraron el Reino de la Nueva España con su doctrina, sabiduría y letras, el P. Dr. Juan de la Plaza, con su gobierno y prudencia, con sus ejemplos de religión y excelentísimas virtudes, no menos la edificó. A que se junta el haber sido de los Padres más antiguos de esta Provincia, que habiéndola gobernado, vivió muchos años en ella, acabando el curso de su santa vida, que fué un modelo de religiosa perfección. Escribióla el P. Juan Eusebio Nieremberg en su cuarto tomo de Varones Claros, cuyo principio pondré aquí como el Padre lo escribe; pero después seguiré el discurso de esta santa vida y muerte, en la forma que la escribió el venerable P. Martín Fernández, Rector que era de nuestro Colegio de México el año de 1602, en que el P. Juan de la Plaza murió. El P. Eusebio comienza así: Las mayores maravillas de los santos son sus virtudes, y quien estas tiene, aunque carezca de otros milagros, bien merece ser admirado y venerado de todos: así lo fué el P. Juan de la Plaza, y es digno que hagamos memoria de él, por ser dechado de una sólida virtud. Nació este siervo de Dios en la villa de Medina Celi, el año de 1527, de padres honrados y virtuosos, que lo criaron cristianamente, y siendo ya de edad para estudiar, lo enviaron á la Universidad de Alcalá, donde dió muestras de su agudo y despierto ingenio, y rara